

ror, cuando ya la nación empezaba á cansarse de las agitaciones de la libertad y cuando abandonaba á los pensadores por los guerreros. No trataba Benjamin Constant de desconocer los servicios de los ejércitos republicanos; pero recordó á los franceses que, ¡si los soldados defendían la libertad, los filósofos la habían conquistado. «Cuando todo gemía bajo la opresión; cuando una inquisición devoradora tenía todos los espíritus bajo su execrable imperio; cuando la fuerza militar no era más que un medio de servidumbre, los hombres de estudio aislados, amenazados, algunos perseguidos, se han transmitido de edad en edad la antorcha de la verdad. Doce siglos de superstición y de feudalismo han pesado sobre la tierra, y estos hombres infatigables no se han desanimado. Han expuesto, desarrollado, defendido los principios regeneradores que con tanta gloria defendéis.... Y no creáis, ciudadanos, que su misión dejase de tener peligros. Vosotros combatís en pleno campo, dais y recibís honrosas heridas; morís cubiertos de laureles; ellos espiraban lentamente en los calabozos ó en las hogueras.... No olvidéis jamás que para que las victorias sean útiles es preciso que vayan precedidas por las ideas.... Si Bonaparte ha hecho temblar á Roma, es porque Voltaire ha precedido á Bonaparte» (1).

Si Benjamin Constant hubiese pronunciado este discurso algunos años más tarde, hubiera sido más reservado en alabar á los soldados de la República y al joven conquistador de Italia. La fuerza armada es un instrumento peligroso para la libertad. Es preciso decir aún más: la libertad no se funda por la fuerza, ni aún se mantiene por la fuerza. El pensamiento es quien gobierna al mundo; y si no fuera por las malas pasiones de los hombres, jamás intervendría en ello la fuerza. Nosotros glorificamos la Revolución, pero es como una triste necesidad. Los filósofos á quienes se acusa de todos los crímenes que mancharon el Terror, eran hombres de pensamiento; por este mero hecho les repugnaba la violencia. «Una gran revolución, dice Rousseau, es casi tan terrible como el mal que podría curar; es censurable el desearla é imposible el preverla.» Es, en efecto, imposible prever hasta dón-

(1) BENJAMIN CONSTANT, Discurso pronunciado en el círculo constitucional el 30 fructidor, año V, p. 19.

de llegará el huracán después que se ha desencadenado. La Francia pedía con todas sus fuerzas la convocación de los estados generales: nada más legítimo; los filósofos estaban de acuerdo, pero temían que la nación reunida, y recobrando su poder soberano, no supiese ya dónde detenerse. Mably, gran partidario de los estados generales, les da consejos tan tímidos, que en 1789 hubiera pasado por un aristócrata. Quiere que se tengan en cuenta los derechos adquiridos, aún cuando estos pretendidos derechos sean usurpaciones y se funden en preocupaciones. «No vayais, dice, á exigir que los grandes renuncien á prerrogativas que pueden ser onerosas á la nación; es menester, por el contrario, hacerles esperar distinciones más lisonjeras y una grandeza más real.... Es preciso curar al Estado, pero por un régimen suave, y no olvidar que es un enfermo debilitado por largas enfermedades, que su temperamento se halla extenuado, que su convalecencia debe ser lenta, y que, apresurándola por remedios violentos, se corre el riesgo de retrasarla» (1).

Hé aquí una prudencia que parecerá excesiva. No tratamos de hacernos partidarios de estas contemplaciones, que comprometerían la libertad á fuerza de respetar la usurpación y los abusos. Pero esto prueba, al menos, que nada era más contrario á los filósofos que las violencias, y sobre todo que los crímenes de la Revolución. No quiere esto decir que estén exentos de faltas. No hemos disimulado sus errores; los combatiremos en el trascurso de este estudio. Únicamente nos parece que los hombres del pasado no tienen razón en hacer la guerra á la filosofía, porque, si se ha engañado, ha sido bajo la influencia de una tradición, de la que el catolicismo es uno de los elementos principales. Vamos á exponer las doctrinas del cristianismo histórico; consultaremos los hechos, tendremos en cuenta la Revolución inaugurada por el siglo XVI en la religión oficial. Además tendremos á la vista las doctrinas de los filósofos. Nuestra investigación probará que la libertad moderna es completamente ajena al cristianismo; que si

(1) MABLY, *Derechos y deberes del ciudadano*, carta VI. (*Obras*, t. XVII, p. 208 de la edición, in-12.)

las creencias cristianas han extendido el sentimiento de igualdad, en cambio lo han viciado exagerándolo. Nuestra investigación probará que á la filosofía pertenece la gloria de haber reivindicado los derechos del hombre, y que el enemigo que ha tenido que combatir ha sido la Iglesia. Añadamos que si el elemento de raza desempeña un gran papel en los destinos de los pueblos, la filosofía es quien desarrolla este gérmen y quien le hace producir frutos saludables.

---

## CAPITULO II.

### EL CRISTIANISMO.

---

#### SECCION I.—LA DOCTRINA CRISTIANA.

---

##### § I.—La libertad.

###### I.

Después de diez y ocho siglos de cristianismo, se sigue discutiendo sobre el carácter y tendencias de la doctrina cristiana. Y es que los partidos que dividen el mundo moderno y que se disputan el imperio de las almas, tratan de apoyarse todos en la autoridad de Cristo. Por una ilusión natural, refieren al cristianismo primitivo sus sentimientos y sus ideas. De aquí la extraña diversidad que reina en la apreciación de las creencias evangélicas. El protestantismo creyó volver á la verdadera tradición de Cristo, y en realidad dió el primer paso fuera del cristianismo histórico: su bandera es hoy la de los filósofos, una religión progresiva. Otro tanto hacen los partidos políticos; no hay ninguno que no pretenda deber su autoridad al cristianismo, al menos á la religión que ha predicado Jesucristo. Hemos visto á los revolucionarios del 93 y á los católicos ortodoxos afirmar igualmente que la libertad es de origen cristiano. Los escritores, filósofos, historiadores, poetas, abundan en esta confusión, confusión tan grande como la de la Torre de Babel, á pesar de la aparente armonía en